

Lev Tolstói

Infancia  
Adolescencia  
Juventud  
(Memorias)

Presentación de Víctor Andresco Peralta

Traducción de Víctor Andresco Kuraitis,  
revisada por Víctor Andresco Peralta



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *Detstvo. Otróchestvo. Yúnost*

Primera edición: 2007

Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Arriba*: Alekséi V. Tyránov: *Autorretrato* (1825, detalle). Galería de Arte Regional, Tver, Rusia. *Abajo*: Achille Zo: *Retrato de Henri Acbille, hijo del artista* (detalle). Musée Bonnat, Bayona, Francia.

© Album (*arriba*) y ACI/Bridgeman (*abajo*)

Selección de imágenes: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la presentación: Víctor Andresco Peralta, 2007

© de la traducción: Herederos de Víctor Andresco Kuraitis, 2007

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-306-4

Depósito legal: M. 26.453-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Presentación, por Víctor Andresco Peralta

## Infancia

- 17 1. El profesor Karl Ivánovich  
25 2. *Maman*  
29 3. Papá  
35 4. Las clases  
40 5. El bienaventurado  
46 6. Preparativos para la cacería  
50 7. La cacería  
56 8. Los juegos  
59 9. Algo parecido al primer amor  
62 10. ¿Qué clase de hombre era mi padre?  
65 11. Las ocupaciones en el gabinete y el salón  
70 12. Grisha  
75 13. Natalia Sávishna  
80 14. La separación  
87 15. Infancia  
91 16. Los versos  
99 17. La princesa Kornakova  
105 18. El príncipe Iván Ivánovich  
111 19. Los Ivín  
120 20. La llegada de los invitados  
126 21. Antes de la mazurca  
132 22. La mazurca

- 136 23. Después de la mazurca  
141 24. En la cama  
144 25. La carta  
152 26. Lo que nos esperaba en la aldea  
156 27. La amargura  
162 28. Los últimos recuerdos tristes

## Adolescencia

- 177 1. Viaje sin cambiar de caballos  
186 2. La tormenta  
193 3. Nuevo punto de vista  
199 4. En Moscú  
201 5. El hermano mayor  
206 6. Masha  
209 7. Mostacilla  
214 8. La historia de Karl Ivánovich  
219 9. Prosigue la historia de Karl Ivánovich  
224 10. Fin de la historia de Karl Ivánovich  
228 11. Malas notas  
235 12. La llavecita  
238 13. La traidora  
241 14. La ofuscación  
245 15. Los delirios  
251 16. «Después de la molienda hay harina»  
258 17. El odio  
262 18. La habitación de las sirvientas  
268 19. La adolescencia  
273 20. Volodia  
277 21. Ekaterina y Liúbochka  
280 22. Papá

- 284 23. La abuela  
287 24. Yo  
289 25. Los amigos de Volodia  
292 26. Razonamientos  
298 27. El comienzo de la amistad

## Juventud

- 305 1. Lo que considero el principio de la juventud  
307 2. La primavera  
312 3. Las ilusiones  
317 4. Nuestro círculo familiar  
323 5. Las reglas de la vida  
326 6. La confesión  
329 7. La visita al monasterio  
333 8. La segunda confesión  
337 9. Preparación para los exámenes  
341 10. El examen de historia  
348 11. El examen de matemáticas  
353 12. El examen de latín  
358 13. Soy mayor  
364 14. En qué se ocupaban Volodia y Dubkov  
369 15. Me felicitan  
374 16. La riña  
380 17. Me dispongo a hacer visitas  
385 18. Los Valajin  
392 19. Los Kornakov  
396 20. Los Ivin  
401 21. El príncipe Iván Ivánovich  
405 22. Íntima conversación con mi amigo  
412 23. Los Nejlíudov

- 419 24. El amor  
425 25. Hago amistades  
431 26. Me muestro desde la faceta más ventajosa  
437 27. Dmitri  
443 28. En la aldea  
449 29. Nuestras relaciones con las niñas  
455 30. Mis ocupaciones  
460 31. *Comme il faut*  
465 32. Juventud  
473 33. Los vecinos  
479 34. El casamiento de mi padre  
484 35. Cómo recibimos la noticia  
491 36. La Universidad  
497 37. Asuntos del corazón  
500 38. La sociedad  
504 39. La jarana  
510 40. Mi amistad con los Nejliúdiv  
515 41. Mi amistad con Dmitri  
521 42. La madrastra  
528 43. Los nuevos compañeros  
537 44. Zujin y Semiónov  
545 45. Me suspenden

## Presentación

# Memoria ética y literaria de Rusia

Entre sus muchas virtudes como escritor, Tolstói tuvo el acierto de armonizar la memoria literaria de Rusia (un vasto patrimonio cultural, sociológico y lírico) con una identidad ética común para un pueblo tradicionalmente expuesto a la esclavitud y el despotismo. Que la aristocracia zarista, en cuyo seno nació y vivió, hablase en francés, coleccionase lo más selecto del arte mundial y diese algunos de los mejores poetas como fruto no salvó del atraso y la ignorancia a una sociedad vejada por el oscurantismo feudal y religioso. La fuerte personalidad de Lev Nikoláevich Tolstói (Yásnaia Poliana, 1828 - Astápo-vo, 1910) es indisociable de su búsqueda de patrones morales con los que armonizar la proyección individual en la construcción de una sociedad más justa.

No sin esfuerzo –y estas *Memorias*, publicadas inicialmente en tres volúmenes correspondientes a *Infancia*, *Adolescencia* y *Juventud*, son la mejor prueba de la cons-

tante pesquisa del hombre frente al intelectual y su dimensión mítica-, Lev Tolstói consagra su larga y fecunda vida creativa a poner orden en el caótico panorama de la identidad literaria rusa. Cuna de titanes de la prosa y el verso (baste recordar a Dostoyevski y a Pushkin), Rusia fue siempre pródiga en figuras tentadas por la asimilación patria, cuando no patriótica; a Tolstói le cabe el mérito de ser el primero en abordar una intencionada redefinición nacional a través de parámetros morales que discurren en paralelo a los narrativos. Así hay que ver su poliédrica dimensión de novelista, pedagogo y memorialista: inevitablemente enraizada en una «vida real» que no ahorra violencia ni siquiera con sus hijos predilectos. En justa correspondencia, la guerra, como el azar o la escuela, tienen en Tolstói entidad de trinchera frente a las actitudes didácticas convencionales; cualquier despacho o cátedra habría servido en un caso análogo para establecer espacios narrativos lastrados por la «premeditación». El autor de *Guerra y paz* se enfrenta a la vida que le rodea, desde muy joven y hasta su último aliento en una remota estación de tren, en igualdad de condiciones, es decir, sin ceder a la tentación de la ficción cuando la literatura no lo requiere. Desigual y llena de intensidad y contradicciones, la obra tolstoiana es uno de los grandes hitos de la ficción de todos los tiempos, sin duda, pero también uno de los más verosímiles proyectos literarios de la modernidad. Monumentos novelísticos como *Anna Karénina* y obras maestras de la prosa como *Jadzhi Murat* hicieron pronto de Lev Tolstói una referencia de las letras universales; queda por reconocer su proeza al enfrentar el sistema de valores con un proyecto personal basado en la



búsqueda de una verdad incompatible con los dogmas eclesiásticos, la miseria o la pena de muerte.

La memoria individual se revela en este libro, a menudo relegado frente a otros hitos de su caudalosa obra, como herramienta para combatir un clima social claramente insatisfactorio. Que la vida de Rusia a mediados del siglo XIX esté protagonizada por acaudalados terratenientes y militares pasados de moda resulta tan ficticio como la más delirante de las fantasías amorosas; al escritor le toca elegir entre el papel que se le reserva, como les pasa a *todas las familias felices*, o actuar como artista capaz de acceder a lo más alto de la creación sin renunciar a su dignidad de individuo. Todo ensayo memorialístico moderno –y tenemos la suerte de contar con tesoros tan brillantes como el *Valle-Inclán* de Gómez de la Serna o las peripecias de Kahnweiler contadas por Assouline– implica la redefinición de una época a través de una experiencia personal; cuánto más el caso de las memorias escritas en primera persona, subgénero en que, desde Corpus Barga hasta Romain Gary, el siglo XX ha sido pródigo en obras maestras.

Cuando, un siglo después de ser escritas, Víctor Andresco Kuraitis (San Sebastián, 1919-Madrid, 1983) aborda la traducción de estas *Memorias*, España vive el principio de la larga agonía del franquismo. Para los hijos de un traductor literario la infancia en los estertores del régimen es, necesariamente, prólogo de una adolescencia y una juventud en las que la memoria literaria no puede desligarse de una inquietud política. Acaso por ello –y porque mi padre fue un ejemplo de fe en la literatura frente al violento pragmatismo dominante– los clásicos

rusos, con Tolstói, Turguénev y Chéjov a la cabeza, han quedado como emblema de una memoria literaria inevitablemente ligada a la razón ética. Dedicado durante buena parte de su vida a la traducción, el escritor y periodista Víctor Andresco es hoy una referencia en la divulgación, entusiasta y rigurosa, de la cultura rusa en el ámbito hispánico. Sirva esta edición actualizada de su trabajo para rendir homenaje a quienes supieron sobrevivir a la oscuridad de una dictadura sin renunciar a la luz de las palabras.

Víctor Andresco Peralta

Enero 2007

Infancia



# 1. El profesor Karl Ivánovich

El 12 de agosto de 18..., justamente tres días después de haber cumplido diez años y de recibir tan maravillosos regalos, a las siete de la mañana me despertó Karl Ivánovich al golpear por encima de mi cabeza a una mosca con un matamoscas de papel. Lo hizo con tanta torpeza que enganchó la imagen del ángel que colgaba en la cabecera de roble de la cama, y el insecto muerto cayó sobre mi cabeza. Asomé las narices fuera de la manta, detuve con la mano la imagen –que continuaba balanceándose–, tiré la mosca al suelo, lanzando una mirada a Karl Ivánovich con ojos de enfado, aunque adormilados. El profesor, con una bata multicolor acolchada y ceñida por un cinturón de la misma tela, un gorrito rojo de punto con una borla y botas de cabritilla, continuaba paseando junto a las paredes, persiguiendo a los insectos y golpeándolos con energía.

«Admitamos –pensé– que soy pequeño, pero ¿por qué me molesta? ¿Por qué no matará las moscas al lado de la

cama de Volodia? Pero no, Volodia es mayor que yo, y como soy el más pequeño me martiriza. No hace más que pensar en la forma de darme disgustos –susurré–. Ve muy bien que me ha despertado y asustado, pero hace como si no se hubiese dado cuenta... ¡Es un hombre asqueroso! ¡Hasta su bata, gorrito y borla son asquerosos!»

En el momento en que yo expresaba mentalmente mi despecho contra Karl Ivánovich, éste se acercó a su cama, miró el reloj que pendía sobre ella en un zapatito bordado con abalorios, colgó el matamoscas en un clavito y, según parecía, en la mejor disposición de ánimo se volvió hacia nosotros.

–*Auf, Kinder, auf!... s'ist Zeit. Die Mutter ist schon im Saal*<sup>1</sup> –gritó con su bondadosa voz alemana.

Después se acercó a mí, se sentó a los pies de la cama y sacó la petaca del bolsillo.

Fingí que dormía. Karl Ivánovich empezó por aspirar rapé, se limpió la nariz, chasqueó los dedos, y entonces se ocupó de mí. Riéndose empezó a hacerme cosquillas en los talones.

–*Nu, nun, Faulenzer!*<sup>2</sup> –dijo.

Aunque temía las cosquillas no salté de la cama ni le contesté, y escondí la cabeza bajo la almohada, di puntapiés con todas mis fuerzas, tratando de contener la risa.

«¡Qué bueno es y cómo nos quiere, y yo he sido capaz de pensar mal de él!»

1. ¡Hay que levantarse, niños, hay que levantarse! Ya es hora. Su madre ya está en el salón.

2. Vamos, vamos, holgazán.

Sentí despecho contra mí mismo y contra Karl Ivánovich, con ganas de reír y de llorar, porque mis nervios estaban trastornados.

–*Ach, lassen sie<sup>1</sup>, Karl Ivánovich!* –grité con lágrimas en los ojos, sacando la cabeza de debajo de la almohada.

Karl Ivánovich se asombró, dejó en paz las plantas de mis pies y con preocupación me preguntó qué me pasaba, si había tenido pesadillas... Su bondadoso rostro alemán, el interés con que trataba de averiguar el motivo de mis lágrimas, obligaron a éstas a correr con más abundancia. Me remordía la conciencia y no llegaba a comprender cómo un minuto antes detestaba a Karl Ivánovich, encontrando asquerosos su bata, gorrito y borla. Ahora, por el contrario, todo esto me parecía extraordinariamente agradable, e incluso la borla me daba la sensación de que era una prueba evidente de su bondad. Le dije que lloraba porque tuve un mal sueño y vi a *maman* muerta y que la llevaban a enterrar. Todo esto lo había inventado, porque no recordaba en absoluto lo soñado aquella noche. Pero cuando Karl Ivánovich, emocionado por mi relato, empezó a tranquilizarme me pareció que efectivamente tuve ese horroroso sueño y las lágrimas brotaron ya por otro motivo.

Cuando Karl Ivánovich me dejó, me incorporé en la cama y empecé a ponerme las medias en mis piernecillas, las lágrimas disminuyeron algo, pero las ideas sombrías del sueño inventado no me abandonaron.

Entró el criado Nikolái, un hombrecito menudo, muy limpio, siempre serio, ordenado, respetuoso y gran ami-

1. Ay, déjeme.

go de Karl Ivánovich. Traía nuestros trajes y zapatos. A Volodia, las botas, y a mí, unos zapatos desagradables, con lacitos. Delante de él me hubiera dado vergüenza llorar. Además, el sol de la mañana iluminaba alegre las ventanas, y Volodia, remedando a María Ivánovna –la institutriz de nuestra hermana–, reía tan alegremente a carcajadas, inclinado sobre el lavabo, que incluso el serio Nikolái, con una toalla en el hombro, el jabón en una mano y en la otra un jarro, decía sonriendo:

–Ya basta, Vladímir Petróvich, haga el favor de lavarse.

Me puse de buen humor.

–*Sind sie bald fertig?*<sup>1</sup> –se oyó la voz de Karl Ivánovich desde la sala de estudios.

Su voz era severa y ya no tenía aquella entonación de bondad que me había conmovido hasta las lágrimas. En la sala de estudios Karl Ivánovich se comportaba como un hombre completamente distinto: era el preceptor. Me vestí rápidamente, me lavé y, todavía con el cepillo en la mano alisándome los cabellos mojados, acudí a su llamada.

Karl Ivánovich, con sus lentes sobre la nariz y un libro en la mano, estaba sentado en su sitio habitual, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta estaban dos pequeñas estanterías: una, la de los niños, y la otra, de Karl Ivánovich. En la nuestra había toda clase de libros, de estudio y de lectura; unos colocados verticalmente y otros horizontales. Sólo dos grandes tomos de la *Histoire des voyages*<sup>2</sup>, encuadernados en rojo, se apoyaban majestuosamente en la pared. Después seguían li-

1. ¿Estará usted pronto dispuesto?
2. Historia de los viajes.



bros largos, gruesos, grandes y pequeños, cubiertas sin libros y libros sin cubiertas. Allí metíamos y apretábamos todo al mandarnos ordenar la biblioteca, como la llamaba Karl Ivánovich pomposamente. Si la colección de sus libros no era tan grande como la nuestra, sí era más variada. Recuerdo tres de ellos: un folleto alemán sobre el abono de los huertos de coles, sin encuadernar, un tomo de la historia de la Guerra de los Siete Años, en pergamino, con una esquina quemada, y un método completo de Hidrostática. Karl Ivánovich pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo, incluso se había estropeado con ello los ojos. Pero aparte de estos libros y *La Abeja del Norte*<sup>1</sup> no leía otra cosa.

Entre los objetos de la pequeña estantería de Karl Ivánovich, el que más me recordaba a él era un disco de cartón, colocado sobre un pie de madera, que daba vueltas por medio de una clavija. En el disco estaba pegado un dibujo con la caricatura de una señora y un peluquero. Karl Ivánovich tenía mucha habilidad y había inventado el disco para proteger sus débiles ojos de la luz demasiado viva. Me parece ver ante mí su figura alta con una bata de algodón y un gorrito rojo por el cual asomaban escasos cabellos canosos. Sentado junto a la mesita sobre la cual se yergue el disco con el peluquero que proyecta una sombra sobre su rostro, en una mano un libro, la otra descansando sobre el brazo del sillón; a su lado un reloj con un cazador dibujado en la esfera, un pañuelo a cuadros, una petaca negra, redonda, una funda verde para los lentes y unas pinzas en una bandejita de

1. Publicación periódica de la época.

mimbre. Todo estaba tan ceremoniosa y ordenadamente colocado en su sitio que sólo por ello podía deducirse que Karl Ivánovich tenía la conciencia limpia y el alma tranquila.

A veces, cansado de correr por el salón, subía de puntillas, furtivamente, a la sala de estudios y miraba. Karl Ivánovich permanecía sentado en su sillón y, con expresión tranquila y majestuosa, leía alguno de sus libros preferidos. En ocasiones le sorprendía en un momento en que no estaba leyendo: los lentes habían resbalado sobre su gran nariz aguileña, sus ojos azules entornados miraban con una expresión especial y sus labios sonreían tristemente. La habitación estaba en silencio. Sólo se oía su respiración acompasada y el tic-tac del reloj con el cazador.

Frecuentemente no se daba cuenta de mi presencia y yo permanecía en la puerta y pensaba: «¡Pobre, pobre viejo! Nosotros somos muchos, jugamos, estamos alegres, y él está completamente solo, y nadie le mima. Dice que es huérfano. ¡Y la historia de su vida es horrorosa! Recuerdo cómo se la contaba a Nikolái, es terrible encontrarse en su situación!». Y sentía tanta lástima que alguna vez me acercaba a él, le cogía de la mano y le decía: «¡*Lieber*<sup>1</sup> Karl Ivánovich!»». Le gustaba que le hablase así, siempre me acariciaba y se emocionaba visiblemente.

En la otra pared colgaban los mapas, casi todos rotos, pero artísticamente pegados por Karl Ivánovich. En la tercera pared, en cuyo centro se encontraba la puerta

1. Querido.

por la que se descendía, de un lado colgaban dos reglas: la nuestra, llena de cortes; la suya, nuevecita, empleada más como estímulo que para trazar líneas. En el otro lado, un encerado en el cual se indicaban nuestras grandes faltas por medio de círculos y las pequeñas con crucecitas. A la izquierda del encerado estaba el rincón donde nos ponía de rodillas.

¡Cómo recuerdo aquel rincón, la portezuela de la estufa y el ruido que hacía cuando le daban vueltas! A veces permanecía en ese sitio tanto tiempo que empezaban a dolerme las rodillas y la espalda, y pensaba: «Karl Ivánovich se ha olvidado de mí. Él debe de estar cómodo sentado en su blando sillón y leyendo su Hidrostática, ¿y yo qué?». Y para hacerme recordar empezaba a abrir y cerrar con cuidado la portezuela de la estufa o a rascar el estuco de la pared, aunque, si de pronto caía al suelo un trozo demasiado grande, el miedo que pasaba era mayor que cualquier castigo. Me volvía para mirar a Karl Ivánovich, pero continuaba sentado con su libro en la mano, como si no se diera cuenta de nada.

En medio de la habitación había una mesa cubierta con un hule negro, roto, que dejaba ver en muchos sitios los bordes cortados con navajas. Alrededor de ella, unos cuantos taburetes sin pintar, brillantes por el uso. La última pared estaba ocupada por tres ventanucos. Justo debajo se encontraba el camino y cada bache, cada piedrecita, cada carril me eran conocidos y queridos desde hacía mucho tiempo. Más allá del camino, una alameda de tilos podados, desde la cual podía verse aquí y allá una empalizada de ramas trenzadas. Al otro lado de la alameda, un prado a uno de cuyos lados había una era y

enfrente un bosque. Lejos, en el bosque, se veía la pequeña *isla* del guarda. Desde la ventana de la derecha se divisaba una parte de la terraza, en la cual, por lo general, solían estar los mayores hasta la hora de comer. A veces, mientras Karl Ivánovich corregía mi hoja de dictado, me asomaba por aquel lado y distinguía la cabeza de cabellos negros de mi madre, la espalda de alguien, y oía confusamente la conversación y la risa que llegaban de allí. Me sentía tan desdichado por no estar con ellos que pensaba: «Cuando sea mayor no tendré que estudiar y no estaré sentado ante los vocabularios, sino con aquellos a los que quiero». Mi despecho se transformaba en tristeza y Dios sabe por qué me abstraía hasta tal punto que no oía cómo se enfadaba Karl Ivánovich por las faltas.

Karl Ivánovich se quitó la bata, se puso un frac azul con vueltas y fruncidos en los hombros, se arregló la corbata ante el espejo y nos llevó abajo a saludar a nuestra madrecita.

## 2. *Maman*

Mamá estaba sentada en el salón y servía el té; con una mano sujetaba la tetera y tenía la otra en el grifo del samovar, del cual fluía el agua desbordándose por encima de la tetera sobre la bandeja. Pero, aunque miraba con fijeza, no se dio cuenta de esto ni tampoco de que habíamos entrado.

Surgen tantos recuerdos del pasado cuando se trata de resucitar en la imaginación los rasgos del ser querido que a través de esos recuerdos, como a través de las lágrimas, aparecen confusos. Son las lágrimas de la imaginación. Cuando trato de recordar a mi madre tal como era en esa época se me aparecen únicamente sus ojos castaños, expresando siempre la misma bondad y amor, el lunar en el cuello, un poco más abajo de donde se rizaban unos pelillos, el cuellecito blanco bordado, su mano suave y delgada que tantas veces me acariciaba y yo besaba. Pero el conjunto se me desvanece.